ciedad de mañana. Él jugaba con sus martillos. Cuando quería reir, cogía la «Señorita» y la hacía bailar á todo vuelo. Entonces resonaba la tormenta en torno suyo, entre la jadeante respiración de la hornilla. Por mi parte, creía oir el suspiro del pueblo en el trabajo.

Allí, en la fragua, entre los arados, me curé para siempre de mi pereza y de mi duda.

LA CRISIS

I

Por la mañana, cuando los obreros llegan al taller, lo encuentran frío, como envuelto en la negra tristeza que acompaña á las ruinas. En el fondo de la ancha sala, la máquina está muda, secos los brazos, inmóviles las ruedas. Aumenta la melancolía del recinto, ella, cuyo aliento y cuyo brío animan de ordinario la casa entera, con el latido de un corazón de gigante, inaccesible á la fatiga.

El patrón baja de su pequeño despacho, y dice con aire triste á los obreros:

—Hijos míos, hoy no hay trabajo..... No tengo pedidos; recibo contra-órdenes de todas partes; voy á quedarme con la mercancía en los almacenes. Este

mes de Diciembre, con el cual contaba, este mes de tanto trabajo otros años, amenaza arruinar á las casas más sólidas. Tengo que suspender mis negocios.

Y como ve que los obreros se miran entre sí, temiendo la vuelta al hogar, temiendo el hambre al día siguiente, añade, en tono más bajo:

—No soy egoista, no; os lo juro..... Mi situación es tan terrible, es aún más terrible que la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil francos. Suspendo hoy el trabajo, para no ahondar más el abismo: no tengo ni un céntimo siquiera para mis vencimientos del día 15... Ya lo véis; os hablo como amigos; nada os oculto. Mañana, tal vez, estará aquí el juzgado. La culpa no es nuestra. ¿No es verdad? Hemos luchado hasta el último momento. Hubiese querido ayudaros á pasar estos malos días, pero todo se ha concluído: ya no me queda pan que compartir con vosotros.

Después les tiende la mano. Los obreros se la estrechan silenciosamente. Y durante algunos segundos, siguen allí con los puños cerrados, mirando sus inútiles herramientas. Los demás días, al romper el alba, cantaban las limas marcaban los martillos el compás: todo parece dormir ya en el polvo de la quiebra. Son veinte, son treinta familias, que no comerán á la semana siguiente. Algunas mujeres que trabajan en la fábrica, tienen los ojos llenos de lágrimas. Los hombres tratan de aparentar más firmeza. Se ha-

cen los valientes; se dicen que nadie se muere de hambre en París.

Cuando el fabricante se retira, cuando lo ven alejarse, encorvado en ocho días bajo el peso de un desastre mayor quizá que el que confiesa, desfilan uno á uno, abandonando la sala, con la garganta apretada y el corazón oprimido, como si salieran de una cámara mortuoria. El muerto es el trabajo, la gran máquina muda, cuyo esqueleto siniestro se destaca en la sombra.

II

El obrero está en la calle, en medio del arroyo. Durante ocho días ha roto la suela de sus zapatos sin poder encontrar trabajo. Ha ido de puerta en puerta ofreciendo sus brazos, ofreciendo toda su persona para cualquier trabajo el más duro, el más repugnante, el más mortal. Todas las puertas se le han cerrado.

Entonces el obrero ha ofrecido trabajar por mitad de precio. Inútil ofrecimiento. Trabajaría sólo por la promesa de pago. No obtiene mejor resultado. Es la crisis, la temible crisis que toca á muerto en las casas de los pobres, El pánico ha paralizado todas las industrias, y el dinero, el dinero, cobarde, se ha ocultado.

Al cabo de ocho días, no hay ya esperanza. El

obrero ha hecho una tentativa suprema, y vuelve lentamente, con las manos vacías, derrengado por la miseria. La lluvia cae: aquella tarde París yace en el lodo. El desdichado recibe el aguacero sin sentirlo, sin oir más que la voz del hambre que le devora, yendo despaoio para tardar más en llegar. Se asoma á un parapeto del Sena; el río, que ha crecido corre, mugiendo fuertemente; blanca la espuma rebota y se rompe en una pila del puente. Las aguas embravecidas pasan, llaman con fuerza al obrero. Pero no, sería una cobardía; huye.

Ha cesado la lluvia El gas brilla en los escaparates de los joyeros. Si rompiese un cristal, cogería de un puñado pan para muchos años. Se iluminan los comedores de las fondas, y detrás de las cortinas de muselina blanca ve gentes que comen. Apresura el paso, se dirige á su arrabal, dejando atrás pastelerías, salchicherías, *restaurants*, todo el París glotón, que á aquellas horas se ostenta en su mayor esplendor.

Como la mujer y la pequeña llorasen aquel día por la mañana, les prometió llevarles pan á la tarde. No se ha atrevido á ir á decirles antes de llegada la noche que había mentido. Sin dejar de andar, se pregunta cómo entrará lo que ha de decirles para animarlas á tener paciencia. Sin embargo, es imposible que pasenmás tiempo sin comer. Él tal vez lo lograse pero la mujer y la niña están muy débiles.

Por un momento tiene la idea de mendigar. Pero cuando una dama ó un caballero pasan á su lado é intenta tenderles la mano, su brazo se paraliza, se le anuda la garganta. Queda plantado en la acera, mientras las gentes elegantes se apartan de él, creyendo que está borracho, al mirar su cara feroz de hambriento.

III

La mujer del obrero ha bajado al dintel de la puerta, dejando dormida á la pequeña. Está en los huesos, y tirita bajo su traje de indiana, al soplo helado de la calle.

Nada hay en la habitación; lo ha llevado todo al Monte de Piedad. Ocho días sin trabajo bastan para vaciar una casa. La víspera ha vendido á un ropavejero el último puñado de lana de su colchón; así se ha ido todo el colchón; ya sólo le queda la tela, que ha colgado delante de la ventana para impedir que éntre el aire, porque la niña tose mucho.

La mujer, aunque sin decírselo á su marido, también ha buscado por su parte; pero la crisis ha herido más rudamente á las mujeres que á los hombres. En la meseta de la escalera hay desgraciadas á quienes oye sollozar por la noche. Ha visto á una, muda é inerte, en un rincón de la calle; otra ha muerto; otra ha desaparecido.

Felizmente, ella tiene un buen hombre, un marido que no bebe. Nada les faltaría, si malos años no les hubieran despojado de todo. Ha agotado su crédito: debe al panadero, al tendero, á la frutera, y no se atreve ni aun á pasar por delante de sus puertas. Aquella tarde ha ido en casa de su hermana, á pedirle veinte sueldos prestados; pero ha visto una miseria tan grande, que se ha echado á llorar, sin decir una palabra, y las dos hermanas han llorado largo tiempo juntas. Después se ha despedido, prometiendo llevar un pedazo de pan, si su marido traía alguna cosa.

El marido no vuelve; la lluvia cae: se refugia en la puerta; gruesas gotas rebotan á sus pies; polvo de agua cala su miserable ropa. Se impacienta por momentos; sale á pesar del chaparrón, avanza hasta el extremo de la calle, para ver si descubre á lo lejos á aquel á quien aguarda. Y cuando vuelve, está chorreando; se pasa la mano por los cabellos para enjugárselos; no desespera aún, la fiebre le produce frecuentes calofríos.

Los transeuntes la codean en su movimientode ir y venir. Ella se encoge, se achica, para no molestar á nadie. Los hombres la miran cara á cara: siente á menudo alientos ardiente que rozan su cuello. Todo el París sospechoso, la calle con su fango, sus crudas claridades su rodar de coches parece que quiere cogerla y arrojarla en medio del arroyo. Tiene ham-

bre; pertenece á todo el mundo Frente por frente hay un panadero, y ella piensa en la pequeña que duerme allá arriba.

Después, cuando al fin llega el marido, deslizándose como un criminal á lo largo de las casas, se precipita, le mira con ansiedad.

—¡Y bien!—balbucea.

Él ne responde; baja la cabeza. Entonces ella sube delante, pálida como una muerta.

IV.

En lo alto duerme la niña. Se ha despertado y mira al cabo de una vela que agoniza en un extremo de la mesa. Algo de monstruoso y aterrador pasa por la frente de aquella pequeña de siete años, con las facciones serias y ajadas de mujer.

Está sentada al borde del cofre que le sirve de lecho. Cuelgan sus pies desnudos, agarrotados por el frio; sus manos de niña enfermiza recogen sobre su pecho los harapos que la cubren. Siente allí un ardor, un fuego que querría extinguir. Piensa.

Nunca le han comprado juguetes. No puede ir á la escuela, porque no tiene zapatos. Recuerda que, cuando era más chica, su madre la llevaba á tomar el sol. Pero esto no es ya más que una reminiscencia. Fué preciso mudarse; desde entonces un gran

frío parece soplar en la casa; no ha vuelto á estar contenta; ha tenido siempre hambre.

Es un misterio profundo, al que da vueltas sin poder comprenderlo. ¿Tiene hambre todo el mundo? Ella ha procurado acostumbrarse; pero no lo ha conseguido. Cree que es muy pequeña; que cuando sea grande sabrá estas cosas que se ocultan á los niños. Su madre debe ignorarlas. Si se atreviese, le preguntaría que quien nos pone en el mundo para hacernos pasar hambre.

Además, ¡es tan feo aquel cuartucho! Mira á la ventana donde se agita la tela del colchón, las paredes desnudas, los muebles desvencijados, toda esa vergüenza del desván que la crisis ensucia con su desesperación. En su ignorancia, cree haber visto en sueños hermosas habitaciones, caldeadas por un buen fuego, llenas de objetos preciosos que brillaban.

Cierra los ojos para contemplarlas de nuevo, y, á través de sus párpados adelgazados, el fulgor de la vela se convierte en un gran círculo de oro, donde quisiera entrar. Pero el viento sopla, y la corriente de aire que invade el cuarto es tan fuerte, que la acomete terrible acceso de tos. Sus ojos se cuajan de lágrimas.

Antes, cuando la dejaban sola, sentía mucho miedo; ahora todo le es igual. Como no se ha comido desde el día anterior, se imagina que su madre ha ido á buscar pan. Este pensamiento la entretiene, cortará

el pan en pedacitos; se los comerá lentamente, uno á uno; jugará con ellos.

Entra la madre; el padre cierra la puerta. La niña les mira las manos, muy sorprendida, y como nada dicen, al cabo de un momento, repite en tono de canturía:

—¡Tengo hambre, tengo hambre!

El padre se oculta en un rincón, hunde la cabeza entre las manos, y permanece allí, mudo, abrumado, sacudidos los hombros por rudos y silenciosos sollozos. La madre, ahogando sus lágrimas, quiere que la niña vuelva á acostarse; la dice que sea buena, que duerma. Pero la niña, cuyos dientes castañetean, y que siente que el fuego de su pecho la quema más que antes, cobra osadía, se cuelga al cuello de su madre, y la pregunta bajito y con dulzura:

—Dime, mamá, ¿por qué tenemos hambre?...

LA ALDEHUELA

I.

¿Dónde está la aldea? ¿En qué rep'iegue del terreno oculta sus blancas casas? ¿Se agrupan éstas en torno de la iglesia, en el fondo de algún valle, ó forman alegre fila á lo largo del camino, ó trepan por la ladera, como cabras caprichosas, descubriendo y ocultando á medias sus techos rojos entre la verdura?

¿Tiene un nombre dulce al oído? ¿Es un nombre suave, fácil á los labios franceses, ó algún nombre alemanizado, de consonantes, ronco como graznido de cuervo?

¿Se siega, se vendimia en ella? ¿Es pais de trigo ó comarca de viñedos? A esta hora, ¿qué hacen sus moradores al aire libre? De noche, al volver á casa por el estrecho sendero, ¿se detienen para abarcar con una mirada la abundante recolección y dar gracias al cielo por sus mercedes?

II.

¿Me la imagino voluntariamente en la falda de una colina? Oculta discretamente entre los árboles, se la tomaría desde lejos por un campo de rocas desplomadas y cubiertas de musgo. Pero el humo sube por entre las ramas, y en una senda que baja la pendiente, algunos niños tiran de un carretoncillo. Entonces se la mira desde el llano con ojos de celosa envidia, y se pasa á lo largo, llevando el recuerdo de aquel nido apenas entrevisto.

No, me la figuro más bien á un lado de la llanura, á la orilla del arroyo. Es tan pequeña, que una cortina de álamos blancos la sustrae á todas las miradas. Sus cabañas, semejantes á castas bañistas, desapa-